

TEORÍA CRÍTICA



CLASE Y CONSTITUCIÓN

Werner Bonefeld*

Traducción Anna-Maeve Holloway

Cuando Marx murió, todavía no había terminado su capítulo sobre “clase” en el tercer volumen de *El Capital*. No se puede encontrar, pues, ninguna determinación completa establecida en su obra. Desde entonces, generaciones de marxistas han intentado proporcionar la “definición” marxista de clase. Utilizo aquí el término “definición” con intención crítica: ¿Cómo sería posible definir “clase” en el marco de un proyecto teórico que enfatiza no las definiciones de rol estáticas, sino las relaciones sociales dinámicas? Es más, la definición de la clase obrera requeriría como mínimo una definición adicional, concretamente la del capital, para representar el otro lado de la división de clases. La crítica de Marx sobre la economía política demostró que las definiciones del capital eran contradictorias y tautológicas. ¿No cabe pensar que la definición de la clase obrera pudiera sufrir una suerte similar?

El trabajo de Marx está caracterizado por el entendimiento de que los misterios de la teoría encuentran su explicación razonable en la práctica humana y en la comprensión de dicha práctica (*Las Tesis sobre Feuerbach*). En contraste, el pensamiento que busca la definición está basado en una concepción dualista entre sujeto y objeto. Depende de nociones preexistentes de estructuras sociales, económicas y políticas, de las cua-

* Werner Bonefeld es profesor en el Departamento de Ciencias Políticas en la Universidad de York, Inglaterra. Colaborador del Área de Sociología del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, en el contexto de nuestro seminario internacional permanente sobre “Capitalismo, crisis del sujeto y ciencias sociales”.

les deriva el sujeto humano. Se acepta que éstas definen las condiciones que estructuran los roles y funciones sociales del ser humano, permitiendo así su clasificación. En vez de preguntarse por qué los seres humanos viven bajo determinados signos, estos signos meramente se asumen a modo de hechos constituidos y luego se aplican como herramientas analíticas para atribuir características particulares a grupos sociales específicos. De esta manera los datos que aparecen a primera vista del “signo” trabajador, sin haber sido procesados, se aplican a la clase obrera. En otras palabras, al principio se abstrae una norma a partir de hechos empíricamente observables y luego es bajo la luz de esta norma que se evalúa el significado de estos mismos hechos. Este enfoque claramente tautológico encuentra su razón de ser como un juego matemático de números: la clase obrera tradicional puede o no haber decrecido. Si esta investigación llegara a encontrar que ya no existen obreros, sino únicamente “empleados”, ¿significaría esto que el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo ha sido transformado en un nuevo conjunto de relaciones?¹

Este ensayo sostiene que la comprensión del concepto de clase no puede avanzar como un ejercicio de definiciones en el que los datos sobre la sociedad, sin haber sido procesados, se clasifiquen de acuerdo con los criterios de un mundo cosificado. Conceptualizar significa determinar, y determinar significa negar, y no, como defiende el pensamiento positivista, definir. Negar, entonces, significa “el extremo opuesto de un “método” o “metodología” que pueda ser establecida antes e independientemente del proyecto de investigación social en cualquier caso dado” (Gunn, 1987a, p. 46). El pensamiento topológico sabe dónde colocar y cómo clasificar cualquier fenómeno; sin embargo, no sabe lo que es el fenómeno. Determinar, entonces, es inquirir en la constitución y movimiento social de un mundo cosificado. La teoría crítica, pues, no se relaciona con el mundo pervertido del capital como si fuera un “campo de aplicación” que requiere clarificación de definiciones; tal pensamiento simplemente concibe al ser humano como un agente funcional o como la personificación de estructuras sociales presupuestas. Las definiciones, pues, buscan la comprensión a través de la aplicación de instrumentos científicos como los experimentos de pensamiento, la reducción de relaciones sociales complejas en ordenadas definiciones clasificato-

rias, y la esquematización de los fenómenos sociales en registros formales que intentan “ordenar” los “hechos” observables de la vida. Resumiendo, las definiciones se ocupan del ser humano existente y real como de una cosa en sí, es decir, como un mero objeto. La teoría crítica, por el contrario, es una teoría de determinación. Plantea el tema de la sociedad como una sociedad constituida en y a través de la práctica humana, por muy pervertida que esta práctica pueda ser.

Aunque el pensamiento topológico pertenece en gran medida a la tradición del pensamiento burgués, sería una equivocación suponer que no ha entrado en la tradición marxista, especialmente desde la canonización del marxismo como en el denominado marxismo-leninismo, que ahora aparece meramente como una escuela de pensamiento bajo el nombre de marxismo analítico.² En esta tradición, el concepto de “clase” está derivado de las llamadas “condiciones objetivas”, se concibe en términos de trabajo asalariado, y está considerado como una categoría económica definida por su posición en el proceso de producción o por su fuente de ingresos. Según esta perspectiva, pues, las estructuras sociales capitalistas son consideradas como el esquema que estructura y se impone “de manera objetiva” independientemente de los protagonistas, que no sólo pone en movimiento las condiciones decisivas de la lucha de clases, sino que además define el mismo carácter de clase (véase Hirsch/Roth, 1986, p. 37). De aquí en adelante me referiré a este tipo de “marxismo” como marxismo sociológico. Aunque su vocabulario tiene un toque progresista, con frases como posición de clase, alianza de clases, etc., todo está tratado teóricamente en términos de convicciones filosóficas. Es bien conocido que en el mundo de las convicciones filosóficas, las condiciones desfavorables no tienen porqué ser cambiadas; todo lo que se requiere es una interpretación más favorable. Este hecho, supongo, es la base de la conmensurabilidad entre la sociología marxista de las definiciones de clase y los, mucho más agradables, proyectos burgueses de investigación de estratificación social.³

Este ensayo argumenta en contra de las “definiciones” de clase y subraya que la comprensión del concepto de “clase” y, por consiguiente, del de “lucha de clases” puede avanzar únicamente en y a través de una crítica de la economía política del capital. El de “clase” no es un concepto afirma-

tivo, sino crítico. La liberación social –aún mejor: la emancipación humana– implica el final de “clase” y no, como sostienen las perspectivas afirmativas al respeto, una política a nombre de la clase obrera. La teoría de clase, entonces, no es una reivindicación de identidad política. El análisis de clases no es un análisis en nombre de la clase obrera. Avanza como una crítica de clase y, por consiguiente, como una crítica de la relación salarial a través de la cual “existe” la clase obrera. Tal y como Marx sostiene, “en la vida real de la producción capitalista, tanto como en su teoría, el trabajo materializado aparece como una contradicción consigo mismo, con el trabajo vivo. De la misma manera, exactamente, en el razonamiento religioso el producto del pensamiento no sólo exige un dominio, sino que lo ejerce sobre el pensamiento mismo” (Marx, sin fecha b, p. 227). La teoría en nombre de la clase obrera conduce a la aceptación de programas y boletos cuya base común es la religión cotidiana de la sociedad burguesa: el fetichismo de la mercancía. El concepto de “clase” debe ser determinado, o sea negado, y negar significa ver a través de la autopresentación de un mundo reificado para revelar su constitución social humana. En resumen, la determinación marxista de clase no implica la derivación de definiciones de rol funcionales a partir de la anatomía de la sociedad burguesa.⁴ Tal perspectiva sólo permite una política de humanización moralista. El intento de humanizar condiciones inhumanas se confronta con la paradoja de que, a pesar de sus intenciones incuestionablemente buenas y pacíficas, presupone la existencia de condiciones inhumanas; las mismas condiciones que provocaron el esfuerzo humanizador en primera instancia. La determinación de clase, entonces, no depende de la pregunta de en nombre de quién se avanza el entendimiento conceptual, sino más bien en qué lado de la división de clases se encuentra uno.

EL TRABAJO Y LA RELACIÓN SALARIAL

El breve capítulo de Marx sobre el concepto de clase deja claro que la clase es, y a la vez no es, un grupo de personas. “¿Qué es una clase? La contestación a esta pregunta se desprende enseguida de la que demos a esta otra: ¿qué es lo que convierte a los obreros asalariados, a los capitalistas y

a los terratenientes en factores de las tres grandes clases sociales?” (Marx, 1974, p. 817). A continuación, demuestra la inviabilidad de este tipo de pensamiento para llegar a cualquier respuesta razonable: cada ocupación individual constituirá su propio grupo-clase, un grupo que necesita ser dividido una y otra vez para captar la especificidad de las características funcionales y el rol social de cada categoría. Este tipo de ‘clasificación’, como cualquier otro, contradice su propia finalidad: la clarificación se persigue a través de la clasificación de los seres humanos, llegando a tal proliferación de categorías sociales que el proyecto clasificatorio acaba en una topología de encasillamiento inmanejable e incomprensible. En vez de claridad, las definiciones fomentan, en nombre de la precisión (!), un número infinito de categorías. Esto a su vez conduce a la creación de clasificaciones más generales,⁵ como el nivel y la base de ingresos, para aportar claridad allí donde la precisión ha fallado. Por ejemplo, la noción de “ingresos” como un “instrumento” para indicar las “características de clase” fue, por supuesto, muy criticada por Marx en su capítulo La Fórmula Trinitaria que precede al capítulo sobre “clase”. En efecto, si la clase se entiende como una relación social, la definición de clase según la posición económica y la fuente de ingresos acaba conceptualmente donde empieza la crítica de la economía política. La fuente de ingresos de la clase obrera es el salario, y la fuente de ingresos “salario” define a la clase obrera. Este pensamiento circular prolifera en muchos más; la fuente de ingresos del capital son las ganancias y la de los terratenientes es la renta del suelo; y el psicoanalista, como implica la categoría de trabajo improductivo, ¿meramente un “parásito” así como el trabajador social? Todos esos “agrupamientos” no se comparan, sino más bien se contrastan entre sí. Se relacionan entre sí externamente. El concepto de grupo social no informa, y no está formado por, el concepto de relaciones sociales; por el contrario, informa sobre cosas externamente relacionadas sobre las cuales se considera, o que chocan entre sí,⁶ o que son capaces de interpolación.⁷ ¿Es realmente posible contemplar un grupo como una relación social?

La crítica de Marx sobre el capital dejó claro que el “capital” no es una “cosa” y que el punto de vista del capital y del trabajo asalariado es la misma.⁸ El capital no es una cosa, porque es una relación social defi-

nitiva, y el punto de vista del capital y del trabajo salarial es el mismo porque ambos son formas pervertidas de reproducción social.⁹ Para Marx, cada “forma”, incluso la forma más simple como, por ejemplo, la mercancía, “es ya una inversión y hace que las relaciones entre las personas aparezcan como atributos de cosas” (Marx, sin fecha b, p. 418) o más enfáticamente, cada forma es una “forma perversa” (Marx, 1979, p. 90).¹⁰ La perversión más desarrollada, el fetiche constituido de la sociedad capitalista, es la relación del capital consigo mismo, de una cosa con sí misma (véase Marx, sin fecha b, p. 423). La expresión extrema de esta perversión es el capital a interés: “la forma más externa y más fetichista” del capital (Marx 1987b, p. 373). ¿Y el salario – la característica que define el trabajo asalariado? La expresión “salario del trabajo o precio del trabajo” es “algo tan irracional como lo sería hablar de logaritmos amarillos” (Marx, 1987b, p. 757). La importancia de la relación salarial no reside en la relación salarial en sí como si fuera una cosa por sí misma. La relación salarial no existe dentro de sí misma; existe más bien como una forma perversa de relaciones sociales humanas cuya condición previa es el divorcio del trabajo de sus medios y condiciones. La explotación de las clases y, por consiguiente, la lucha de clases se basa en esta condición previa; es constitutiva de la relación salarial. En este contexto, la definición de la “clase obrera” en términos de su posición económica en el proceso productivo y el mercado laboral, es aceptar las formas burguesas, es decir mistificadas. Gunn (1987b) plantea esta cuestión sucintamente: los pies del trabajador asalariado “permanecen sumergidos en el lodo de la explotación incluso cuando [su cabeza respira] en nubes ideológicas burguesas”.¹¹ Éstas son las nubes de la libre e igual negociación de los salarios y de las condiciones de trabajo. Sin embargo, la relación de clases no equivale a la relación salarial. Existe, más bien, “a través de la relación salarial” (*Ibid.*).

Al principio de su capítulo sobre clase, Marx comenta el desarrollo del capitalismo del siguiente modo: “Ya hemos visto que es tendencia constante y ley de desarrollo del régimen capitalista de producción el establecer un divorcio cada vez más profundo entre los medios de producción y el trabajo y el ir concentrando los medios de producción desperdigados en

grupos cada vez mayores; es decir, el convertir el trabajo en trabajo asalariado y los medios de producción en capital” (Marx, 187, p. 817).

Esa transformación, como sostiene Marx en *Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses* (p. 81) por ejemplo, representa al ser misterioso del capital como un poder ajeno que se desarrolla a través del control que ejerce sobre cada uno de los obreros.

La idea de que el capital es un ser misterioso hace necesaria una comprensión de la constitución social del dominio que ejerce sobre la fuerza de trabajo. Ese “dominio” no puede ser bien comprendido a través de la niebla constituida que representa ese mito. Tal y como se demostrará en la siguiente parte, los misterios del capital se basan en el divorcio del trabajo de sus condiciones. Lo que queda para esta parte es justificar este punto de vista:

Lo que necesita explicación, o es resultado de un proceso histórico, no es la *unidad* del hombre viviente y actuante, [por un lado] con las condiciones inorgánicas, naturales, de su metabolismo con la naturaleza, [por el otro] y, por lo tanto, su apropiación de la naturaleza, sino la *separación* entre estas condiciones inorgánicas de la existencia humana y esta existencia activa, una separación que por primera vez es puesta plenamente en la relación entre trabajo asalariado y capital (Marx, 1986, p. 449).

Esta comprensión es de suma importancia. Se centra en la existencia humana, en la humanidad activa; y sostiene que esta existencia subsiste en la separación del trabajo de sus condiciones, es decir a través de las formas del trabajo asalariado y del capital. El tema de la separación –y por consiguiente de la constitución de la actividad humana en la forma de una relación social antagonista entre capital y trabajo– es enfatizado como el *sine qua non* de las relaciones de clase capitalistas. El marxismo sociológico no plantea la cuestión de la constitución social de la práctica humana que invade y contradice las relaciones mercantilizadas de la reproducción capitalista. El poder despreciable de la producción de valor de cambio, las relaciones mercantilizadas de la producción, no sólo se toman por sentadas sino que además se emplean en un intento de atribuir características

relevantes de clase a categorías sociales cuya constitución, como la del capital, permanece un misterio. En pocas palabras, en los enfoques sociológicos, el concepto de “clase” se acepta en términos del mundo reificado del capital; se recurre al mito como llave para descubrir el significado del propio mito. La expresión aceptada –y académicamente viable– de este tipo de enfoque es el estudio de la estratificación social.¹²

SEPARACIÓN Y CONSTITUCIÓN

Según Marx, el requisito previo del régimen de producción capitalista es la separación del trabajo de sus condiciones y “por lo tanto la existencia de los medios de trabajo como capital” (Marx, sin fecha b, p. 224). Esta separación “es la base de la producción [capitalista]... [y] se da en la producción capitalista” (*Ibid.*). Como deja claro, “la mercancía y el dinero se convierten en capital porque el trabajador... se ve obligado a vender su trabajo mismo (a vender de manera directa su fuerza de trabajo) como mercancía, al dueño de las condiciones objetivas de trabajo. Esta separación es el requisito previo de la relación del capital y el trabajo asalariado, de la misma manera en que es el requisito previo para la conversión del dinero (o de las mercancías que representan) en capital” (Marx, sin fecha b, p. 74). La constitución de la actividad intencionada humana como relaciones entre las cosas en sí, está basada en esta separación y, una vez establecida, prevalece como la presuposición constitutiva de las relaciones sociales capitalistas (véase Krahl, 1971, p. 223).

La separación del trabajo de los medios de producción es la condición previa de la existencia de éstos como capital. Las condiciones de trabajo se enfrentan al trabajador “como capital ajeno” (Marx, sin fecha b, p. 350) porque las condiciones de producción se han “perdido para él y adoptado la forma de propiedad ajena” (*Ibid.*). El divorcio, entonces, de la actividad intencionada humana de sus condiciones y la transformación de éstas en una fuerza independiente, es decir en capital, convierte al producto del trabajo en una mercancía y hace que la mercancía aparezca como un “producto del capital” (Marx, 1987b, p. 812). Eso conlleva “la materialización de las determinaciones sociales de la producción y

la personificación de sus fundamentos materiales” (*Ibid.*). De este modo, el capitalista y el obrero asalariado “no son, como tales, más que encarnaciones, personificaciones del capital y el trabajo asalariado, determinados caracteres sociales que el proceso social de producción imprime a los individuos” (*Ibid.*). De esta manera, la acumulación originaria aparece suspendida en la forma de la mercancía. Sin embargo, por muy suspendida que pueda llegar a ser, sigue siendo la condición constitutiva de las relaciones sociales capitalistas como relaciones entre cosas. Los supuestos del capital, “que originariamente aparecían como condiciones de su devenir –y que por tanto no podían surgir de su acción como capital– se presentan ahora como resultados de su propia realización, como realidad puesta por él: no como condiciones de su génesis, sino como resultados de su existencia” (Marx, 1986, p. 421). En pocas palabras, la acumulación originaria no es sólo una época histórica que precede a las relaciones sociales capitalistas y de la cual emergió el capital. Implica, fundamentalmente, la “creación” de la presuposición constitutiva a través de la cual subsiste el antagonismo de clases entre el capital y el trabajo –la acumulación originaria es el “fundamento de la reproducción capitalista” (Marx, 1987b, p. 528) y “crea el concepto del capital” (Marx, 1987b, p. 245).

La “lógica de la separación” (véase Negri, 1984) supone que el capitalista individual necesita expandir constantemente “su capital para conservarlo, y no tiene más medio de expandirlo que la acumulación progresiva” (Marx, 1987a, p. 499). El riesgo es la quiebra. De esta manera, mediado por la competencia, el capital personificado se lanza a la acción. “Como un fanático de la valorización del valor, el verdadero capitalista obliga implacablemente a la humanidad a producir por producir”, incrementando “la masa del material humano explotado” (*Ibid.*). El planteamiento de los resultados del trabajo humano como una fuerza sobre y por encima del individuo social, incluyendo tanto el capitalista como el trabajador asalariado, y el “fanático” empeñado en hacer que los trabajadores trabajen por trabajar, tiene sus raíces en la separación del trabajo de sus medios. “Los medios de producción se convierten en capital sólo en la medida en que se han separado del trabajador y enfrentan al traba-

jo como una fuerza independiente” (Marx, sin fecha a, p. 345). Resumiendo, el concepto de acumulación originaria se refiere a la expropiación contundente del trabajo de sus condiciones, cuyo carácter sistemático es la constitución de la práctica social humana en términos de la propiedad privada: el mundo del capital es el mundo de la forma de la mercancía. Esta forma se basa en el igual intercambio y en la explotación de humanos por humanos con el fin de acumular riqueza abstracta. La liberación del individuo social de sus condiciones conlleva el derecho de la propiedad capitalista de conservar riqueza abstracta a través del “sacrificio de “máquinas humanas” en las pirámides de la acumulación” (Gambino, 1996, p. 55). Los derechos de propiedad capitalistas suponen que “la capacidad de trabajo únicamente se ha apropiado de las condiciones subjetivas del trabajo necesario –de los medios de subsistencia para la capacidad de trabajo productiva, es decir, para su reproducción como simple capacidad de trabajo separada de sus condiciones de su realización–ya ha puesto estas condiciones como cosas, valores, que se le contraponen en una personificación dominante y ajena” (Marx, 1986, p. 413). La lógica de la separación es “el verdadero proceso de generación del capital” (Marx, sin fecha b, p. 351). En efecto, tal y como Marx sostiene, el capital es “la separación de las condiciones de producción respecto del trabajador” (*Ibid.*).

Resumiendo, Marx no concibe el capital como una cosa en sí misma que, dotada de su propia lógica objetiva, se intercambia consigo misma generando así beneficios. Más bien lo considera una relación social entre el trabajo y las condiciones del trabajo que “se independizan de él”, (Marx, sin fecha b, p. 350). “La pérdida de las condiciones de trabajo por los obreros se expresa en el hecho de que estas condiciones se independizan como capital, o como cosas que se encuentran a disposición de los capitalistas” (Marx, sin fecha b, p. 224). La acumulación originaria, entonces, no es sólo una época de la cual emergieron las relaciones sociales capitalistas; es, más bien el “acto” histórico que constituye las relaciones sociales capitalistas en su totalidad. La separación del trabajo de sus condiciones y la concentración de éstas en manos de “no trabajadores” convierte al capital en una forma pervertida de la práctica social humana.

CATEGORÍAS SOCIALES PERVERTIDAS Y LA CONSTITUCIÓN SOCIAL

La sección anterior ha sostenido que la lucha de clases que liberó al amo del siervo y al siervo del amo es constitutiva de la relación entre capital y trabajo. En otras palabras, la lucha de clases es “la premisa fundamental de clase” (Gunn, 1987b, p. 16). La acumulación originaria, entonces, persiste en el marco de las relaciones capitalistas, como su presupuesto y acción constitutiva (*Voraussetzendes Tun*).¹³ Este Tun yace en el corazón de la constitución social del capital. La separación del trabajo de sus condiciones convierte a éstas en capital y, de manera más pronunciada, les confiere el poder de utilizar el trabajo, en vez de ser controlado por éste. El carácter sistemático de la acumulación primitiva subsiste, entonces, de forma suspendida [aufgehobene] en las relaciones sociales capitalistas. Esto sucede porque ahora la separación se convierte en la presuposición de la producción capitalista. Ya no “figura” como la condición de su surgimiento histórico, sino más bien como la presuposición constitutiva de su existencia, una presuposición que el capital tiene que plantear como la condición de su reproducción. En breve, la separación “aparece con la acumulación originaria y ... luego se presenta como proceso constante en la acumulación y concentración del capital y aquí se traduce, por fin, en la centralización de los capitales ya existentes en pocas manos y en la descapitalización (fenómeno en que ahora se convierte la expropiación) de muchos capitalistas (Marx, 1987b, p. 245).

El terror de la separación, del comienzo original del capitalismo, pesa como una pesadilla sobre la práctica social de la actividad intencionada humana. La mercantilización de la práctica social en términos de la categoría de trabajo asalariado confronta a sus condiciones como condiciones ajenas, como condiciones de explotación, y como condiciones que parecen, y por ello contradictoriamente existen, como relaciones entre cosas.

El hecho de que ...el hombre resulte enfrentado por las cosas, que el trabajo se enfrente con sus propias condiciones materializadas como sujetos ajenos, independientes, contenidos en sí mismos; en una palabra, como personificaciones, como propiedad ajena, y en esta forma como “empleadores” y “due-

ños” del trabajo mismo, del cual se apropian en lugar de ser apropiados por él. El hecho de que el valor –ya sea que exista como dinero o como mercancía, y en el desarrollo posterior las condiciones de trabajo, se enfrentan al obrero como propiedad ajena, como propiedad independiente, sólo significa que se le enfrentan como la propiedad del que no trabaja, o por lo menos, que, como capitalista, se enfrenta [a las condiciones del trabajo], y no como un obrero, sino como el dueño del valor, etc., como el sujeto en el cual esas cosas poseen su propia voluntad, se pertenecen a sí mismas y se personifican como fuerzas independientes (Marx, sin fecha b, p. 392).

La forma pervertida del valor presenta, en otras palabras, el modo de existencia de la actividad intencionada humana, la forma de relaciones impersonales, confiriendo al ser humano la indignidad de una existencia [Dasein] como la personificación de cosas.

Todas las relaciones de producción en que se mueve el proceso son, entonces, sus productos tanto como sus condiciones. Cuanto más se examina su naturaleza tal como es en realidad, [más se advierte] que en la última forma se consolida cada vez más, de modo que, con independencia del proceso, estas condiciones parecen determinarlo, y sus propias relaciones aparecen como las que compiten en el proceso cual condiciones objetivas, fuerzas objetivas, aspectos de las cosas, tanto más cuanto que, en el proceso capitalista, todos los elementos, hasta el más simple, por ejemplo la mercancía, es ya una inversión y hace que las relaciones entre las personas aparezcan como atributos de cosas, y como relaciones de las personas con los atributos sociales de las cosas (Marx, sin fecha b, p. 418).

Así, acerca de la relación capital-trabajo, “el obrero se produce a sí mismo como capacidad de trabajo y al capital que se le contrapone”. Al mismo tiempo, “el capitalista se produce a sí mismo como capital y la capacidad viva del trabajo que se le contrapone” (Marx, 1986, pp. 419-420). “Al reproducir su otro, su negación, cada uno se reproduce a sí mismo. El capitalista produce el trabajo como ajeno; el trabajo produce el producto como ajeno” (*Ibid.*). La separación del trabajo de sus medios sitúa al feti-

chismo del capital donde el ser humano existe, como una mera categoría social, como la personificación de las relaciones entre las cosas en sí.

Una vez que la lógica de la separación se da por sentada, es decir una vez que su presuposición constitutiva es asumida como un pasado histórico, la lógica de la separación se puede entender meramente en términos de una existencia constituida, de la cual el marxismo sociológico se nutre. Su derivación de los elementos sociológicos [Daseinsformen] inscritos en esa separación, como son la posición de clase, la ubicación de clase, las características de clase, la estructura de clase, etc., toma por sentado lo que necesita ser explicado, es decir su constitución social. En otras palabras, estas versiones del marxismo toman por sentada la apariencia externa de la realidad y luego es bajo la luz de esta misma apariencia externa de la realidad que se evalúan en términos de su atribuido papel histórico las categorías económicas, sociales y políticas de clase. Esta apariencia externa no es otra cosa que el “material” enfatizado por el pensamiento positivista: los datos inmediatamente perceptibles. Pero solamente

en las últimas formas, en las más derivadas –formas en las cuales la etapa intermedia no sólo se ha vuelto invisible, sino que se ha convertido en su opuesto directo–, los distintos aspectos del capital aparecen como los verdaderos agentes y representantes directos de la producción. El capital que rinde interés se personifica en el capitalista financiero, el capital industrial en el capitalista industrial, el capital que da renta en el terrateniente como dueño de la tierra, y por último, el trabajo en el asalariado (Marx, sin fecha b, p. 423).

Éstos entran en la lucha competitiva como “personalidades independientes que al mismo tiempo parecen ser simples representantes de cosas personificadas” (*Ibid.*). En el contexto de la competencia, se exterioriza la relación social entre el capital y el trabajo y la fuerza productiva social del trabajo se hace “invisible” (Marx, sin fecha b, p. 385), tal y como describe el concepto de la mano invisible de Adam Smith. La exteriorización del capital y del trabajo como grupos distintos definidos por sus ingresos caracteriza el “mundo embrujado” (Marx, sin fecha b, p. 423) de la producción capitalista: el trabajo ya no aparece como una fuerza social productiva sino, más

bien, como un apéndice, un factor humano de la producción capitalista. De ahí la pregunta determinante de Marx: ¿por qué este contenido (la práctica social humana) toma la forma de capital? En contraste, la sociología marxista acepta la existencia constituida del mundo pervertido del capital como una cosa objetiva e intenta explicar su estructura de clases a través de esquemas de clasificación.

Los enfoques, sean marxistas o no, que se basan en el dualismo entre constitución y existencia (*Dasein*) pueden, por supuesto, proporcionar un análisis del trabajo. Pero sólo pueden hacerlo en términos de trabajo como una agencia económica y en términos de valor como valor personificado. Esta teoría del valor demuestra meramente que “el desarrollo del trabajo social produce, o bien un proceso de acumulación de valor, o una compleja norma de distribución” (Negri, 1992, p. 70). Según este punto de vista, la existencia pervertida de las relaciones humanas como relaciones entre cosas se considera real en la práctica. Tales suposiciones meramente confirman que el “mito” no es una condición perteneciente sólo a tiempos pasados, sino que más bien continúa ejerciendo su dominación sobre el pensamiento. De ahí la insistencia de Marx sobre la desmitificación: ni “las naciones” ni “la historia” ni el capital han perpetrado guerras.

¡“La historia no hace nada, no “posee enormes riquezas”, no “libra batallas”! Es el hombre, más bien, el hombre real y viviente quien hace todo eso, quien sí posee y lucha; no es “la historia” que utiliza al Hombre como un medio para perseguir sus metas, como si fuera una persona aparte. La historia no es más que la actividad del Hombre persiguiendo sus metas” (Marx-Engels, 1980, p. 98, traducción del autor).

La historia ha sido el archivo de batallas y de explotación porque durante toda la historia las leyes de movimiento de la sociedad han sido “abstraídas de sus sujetos individuales, degradándoles a meros ejecutores, meros compañeros en la riqueza y la lucha social. La degradación fue tan real como el hecho de que por otra parte no habría nada sin los individuos y su espontaneidad” (Adorno, 1990, p. 304). La postulación de las presuposiciones de las relaciones sociales capitalistas demuestra la verdadera “base”

de la sociedad capitalista: la actividad intencionada del trabajo como actividad mercantilizada, como trabajo abstracto en acción.¹⁴ “La base existente sobre la cual trabaja la producción capitalista es el trabajo asalariado, que sin embargo, al mismo tiempo se reproduce de manera continua.” (Marx, sin fecha b, p. 405). Resumiendo, y como sostiene Marcuse, “la constitución del mundo ocurre detrás de las espaldas de los individuos, y sin embargo es su obra” (1988, p. 151).

Sólo basándose en una comprensión de la lógica de la separación se puede proporcionar una crítica del capital: esta crítica rompe con la concepción de la explotación y acumulación capitalista como una forma constituida se transforma en una forma constituida y “trastorna esa constitución y marca la singularidad y la dinámica del antagonismo que las leyes del trabajo abarcan” (Negri, 1992, p. 70). La relación capitalista es el producto histórico de la alienación del trabajo de sí mismo: el capital es la separación del trabajo de los medios de producción y la vida del capital no es sólo la explotación del trabajo, sino también la expansión continua, es decir la acumulación del capital y por consiguiente la separación continua del trabajo de sus condiciones. El “poder natural” del trabajo de mantener el valor y crear nuevo valor (Marx, 1987 a, p. 512) está comandado por el capital en el proceso productivo, que es, al mismo tiempo, el proceso de consumo del trabajo vivo. De esta manera, no es el capital el que “produce”. Más bien es el trabajador el que “produce constantemente la riqueza objetiva como capital, como una potencia extraña a él, que le domina y le explota, y el capitalista produce, no menos constantemente, la fuerza de trabajo como fuente subjetiva de riqueza, separada de sus mismos medios de realización y materialización..., o, para decirlo brevemente, el obrero como obrero asalariado. Esta constante reproducción o eternización del obrero es el *sine qua non* de la producción capitalista.” (Marx, 1987 a, p. 480.) De ahí el argumento de que la acumulación capitalista no se basa sólo en los resultados de la acumulación originaria, sino al contrario, que la acumulación originaria es la presuposición constitutiva del antagonismo de clases entre el capital y el trabajo. Como dice Marx, “la acumulación no hace más que presentar como un proceso continuo lo que en la acumulación primitiva

aparece como un proceso histórico diferenciado, un proceso de surgimiento del capital” (Marx, sin fecha b, p. 224).

En conclusión, la separación del trabajo de sus condiciones fue el resultado de la lucha de clases, se postula como la presuposición de la reproducción social capitalista e informa y forma el verdadero movimiento de la relación social capitalista. Marx concibe este movimiento como el movimiento del comunismo, es decir la cooperación social de los productores asociados. La reproducción social del capital y del trabajo, entonces, obtiene su sustento a través de la negación del comunismo, una negación presentada por la forma de la mercancía. La cooperación social existe en la forma pervertida del capital (véase Marx, 1987 a, cap. 11), es decir como una cooperación que parece estar establecida por las cosas mismas. Esta negación se basa en la reproducción de la práctica social humana como una actividad mercantilizada. No obstante, aunque la preservación de la riqueza abstracta a través de su reproducción expandida se basa en la negación del “comunismo”, el comunismo sigue siendo su verdadero movimiento. La reproducción capitalista a través de la explotación expandida conlleva la necesidad innata de reducir el trabajo socialmente necesario, el lado constitutivo de la plusvalía. El capital depende de la imposición de este trabajo. Sin embargo, su reducción desarrolla al mismo tiempo el reino de la libertad.¹⁵ La circunstancia de que cada vez hace falta menos trabajo socialmente necesario para producir –a falta de una mejor expresión– las necesidades de la vida limita el reino de la necesidad y así permite el florecimiento de lo que Marx denomina el reino de la libertad. En el marco del capitalismo, la necesidad innata de reducir el tiempo de trabajo socialmente necesario puede avanzar sólo a través de crisis y de violencia. En otras palabras, la forma de valor no sólo representa una abstracción del individuo social real, sino que además conlleva la violencia (*Gewalt*) de su comienzo original. La crítica de Benjamin (1965) sobre la violencia se expresa en el mismo sentido. En resumen, la acumulación primitiva es una acumulación constantemente reproducida, sea en términos de la separación renovada de la nueva población de sus medios de producción y subsistencia, o en términos de la reproducción de la relación asalariada en las relaciones “establecidas” del capital. En el primer

caso se intenta traer trabajadores nuevos bajo el mando del capital (Dalla Costa, 1995; Caffentzis, 1995) y en el segundo se intenta contenerlos allí como categorías sociales –definibles– “liberadas” de sus condiciones.

EL CONCEPTO DE CLASE ES EL DE LA CLASE OBRERA

La sola existencia de la clase obrera, la constante presión a la que se ve sometida para emplear su fuerza de trabajo con mayor afán productivo, demuestra en la práctica que la relación de capital consiste en una relación entre el trabajo y el capital, es decir entre el trabajo libre y la existencia de sus condiciones como capital. El capital, por lo tanto, no tiene una lógica independiente de la práctica social del trabajo –por muy mercantilizada que esta práctica pueda ser. Como indica Schmidt, la realidad en la que se mueve el individuo social día y noche no tiene un carácter invariante, es decir, algo que existe de forma independiente a ella. De este modo la crítica de la economía política se convierte en una praxis conceptualizada (*begriffene Praxis*), (Schmidt, 1974, p. 207), es decir una comprensión teórica de la totalidad de la actividad humana que constituye, envuelve y contradice el mundo pervertido de las cosas. En efecto, el mundo de las cosas existe: las relaciones sociales capitalistas se establecen como relaciones de tipo mercantilizado, concediendo a la actividad humana intencionada la indignidad de una vida como una mercancía trabajadora. Sin embargo, la adopción del mundo de las cosas comprende meramente la totalidad constituida de las relaciones sociales capitalistas y confiere a esta totalidad una objetividad abstraída de su verdadero movimiento y constitución, y eso es, para Marx, la práctica social del ser humano real –por muy pervertida que esta práctica pueda ser (véase Backhaus, 1997).

El argumento anterior en ningún caso reniega, sino más bien enfatiza, que es el poder productivo del trabajo lo que forza al capital a crisis de acumulación por producir más capital del que puede ser realizado con tasas de ganancia adecuadas para continuar la acumulación progresiva. Es el poder disruptivo del trabajo lo que puede poner fin a los engranajes de la industria de la cual la racionalidad-deliberada, la rentabilidad y la

respetuosidad burguesas se nutren. No obstante, se sostuvo anteriormente que tal práctica social no es la práctica del capital variable, cuya personificación es la clase obrera. Tal práctica social negativa no reivindica la clase obrera como una mercancía trabajadora, sino, más bien, demuestra su existencia humana social como un poder productivo y disruptivo; poder que el capital tiene que contener y controlar a fin de preservarse a sí mismo mediante la acumulación progresiva de riqueza abstracta por el mero hecho de acumular. Al responder al poder disruptivo del trabajo mediante la apropiación de más maquinaria (Marx, 1977, p. 155), el capital persigue intensificar cada vez más la división del trabajo con el fin de incrementar su poder productivo a través de la reducción del trabajo necesario. No hay duda de que “la parcelación del trabajo es el asesinato de un pueblo” (Marx, 1987 a, p. 296); sin embargo, meramente consolida la separación “original” del trabajo de sus condiciones, mediante cada vez más fragmentaciones del proceso de trabajo social que desmembra al Hombre [*Mensch*]. Aunque así, por mucho que el trabajo social pueda ser fragmentado, dividido y subdividido, la cooperación humana sigue siendo “la forma fundamental del régimen de producción capitalista” (Marx 1987 a, p. 271). Esta cooperación existe contra sí misma en la forma mercancía que integra el “asesinato de un pueblo” en las formas respetables de las relaciones de igual y libre intercambio. Sin la cooperación humana no podría haber ni producción ni intercambio. El capital, en pocas palabras, depende y subsiste de la alienación de los productores asociados de sus condiciones.

A fin de preservar su valor existente, el capital tiene que comprimir constantemente el trabajo necesario con el objetivo de multiplicar el poder productivo del trabajo. La inversión requerida para poner al trabajo en movimiento, en producción, incrementa el precio de costo de la producción que, incluso bajo condiciones de una tasa de explotación creciente, tiende a disminuir la tasa de ganancia en un contexto donde las ganancias obtenidas son demasiado pequeñas como para reconvertirse instantáneamente en acumulación progresiva. Esto es así por el valor creciente del capital constante (medios de producción) frente al capital variable (fuerza del trabajo). La crisis señala los límites sociales de la

incesante explotación del trabajo por parte del capital en la producción por la producción misma. Manifiesta la sobreacumulación del capital no sólo en relación con la realización de la plusvalía, sino, y eso es importante, con la preservación del capital a base de una acumulación progresiva, es decir una explotación progresiva de trabajo. La crisis capitalista, entonces, reafirma la presencia del trabajo dentro del concepto de capital. El otro lado de la explotación del poder productivo del trabajo es la crisis de la sobreacumulación capitalista. La necesidad permanente de limitar el trabajo necesario se reivindica a sí misma no sólo en términos de “crisis económicas”, sino, como fue sostenido anteriormente, como una crisis de su forma social constituida. Para que el capital pueda reafirmarse a sí mismo como un valor que se auto-expande, la necesidad innata de limitar el trabajo necesario sólo puede ser contenido por el proyecto continuo de la acumulación primitiva en el marco de la existencia establecida de las relaciones sociales capitalistas. Como dice Marx (1987 a, p. 528), “todos los métodos de potenciación de la fuerza social productiva del trabajo que brotan sobre esta base [es decir, la separación del trabajo de sus condiciones] son, a la par, métodos de producción redoblada de plusvalía o producto excedente, que es, a su vez, el elemento constitutivo de la acumulación”. Entonces, en otras palabras, la categoría del trabajo necesario no es un término económico sino un concepto social y, por ello, un concepto crítico. Es en base a esto que el concepto de “clase” se encuentra a sí mismo. No obstante, no lo hace como una cosa (en sí misma), sino como una relación social dinámica (para sí misma) cuya existencia constitutiva es la separación de la práctica humana de sus condiciones. En pocas palabras, la lucha de clases es “la presuposición lógica e histórica para la existencia de capitalistas y obreros individuales” y “el fundamento de la explotación” (Clarke, 1982, p. 80). Si esto no fuera así, la comprensión de la historia como una historia de la lucha de clases no tendría mucho sentido. Resumiendo, el concepto de clase es aquél de la clase obrera siempre y cuando no haga abstracción de las relaciones humanas que permean y contradicen su existencia como trabajo asalariado.

CONCLUSIÓN

El concepto de “clase” no es un concepto afirmativo, sino crítico. El antagonismo de clase entre capital y trabajo presupone la lucha de clases que condujo al surgimiento de las relaciones sociales capitalistas. Esta presuposición tiene que ser situada constantemente en el proceso de reproducción capitalista. La reproducción capitalista sin la separación del trabajo de sus condiciones sería claramente inexistente, y por ello imposible. El “capital”, como se ha argumentado, está basado en la separación del trabajo de sus condiciones. Si uno aceptara las relaciones sociales capitalistas sin teorizar esta relación constitutiva de la separación, la clase obrera sólo podría ser considerada –con una falta de sentido crítico– como una mercancía trabajadora que se merece un trato mejor, nuevo. La categoría de clase tiene sentido sólo como una categoría crítica, es decir como un concepto social que denota la existencia pervertida de las relaciones humanas. Estas relaciones permean y contradicen la existencia de la clase obrera como una mercancía trabajadora, o como sugiere la categoría de capital variable, un factor humano de la producción. Del mismo modo, el concepto de “antagonismo de clases” no connota una relación económica; más bien denota una relación social independiente de individuos, al mismo tiempo que se establece únicamente a través de ellos. La crítica del trabajo asalariado como una categoría fetichizada implica al mismo tiempo que la línea del antagonismo de clase cae no sólo entre, sino –lo que es importante– también a través de los individuos sociales.

Este ensayo ha subrayado, una y otra vez, la cuestión de la práctica humana. No hay aquí ningún intento escondido de introducir una antropología marxista. El concepto de la práctica humana desmiente los conceptos burgueses de humanidad y racionalidad. Demuestra que las relaciones humanas se realizan precisamente a través de las mismas categorías sociales que plantea el marxismo sociológico. Sin embargo, en contraste con marxismo sociológico, enfatiza que esas categorías constituidas son las formas sociales a través de las cuales “existe” la práctica humana: “en sí misma” como relaciones entre cosas cuya forma constituida es la separación de la práctica social de su condición; “para sí mis-

ma” porque esas relaciones entre las cosas presuponen la separación que se reproduce por la “humanidad activa”, a través de su práctica social de división de clases. Las cosas no se intercambian entre sí, y tampoco se explota el trabajo por las leyes objetivas del capital. Hasta aquí, por lo menos, llega la crítica marxista de la forma mercancía. Se asume que la práctica humana subsiste también “contra sí misma” como, por un lado, una pervertida categoría social y, por el otro, como un poder que hace historia. Este ensayo ha sostenido que la sociedad capitalista – como una sociedad de antagonismo de clases– se realiza mediante la explotación, y subsiste a través de la lucha de clases. La constitución de esta lucha es la acción prepostulante de la separación, cuya forma constituida es el mundo reificado del capital. Parafraseando a Adorno (1975, p. 25), la reificación encuentra sus límites en el Hombre reificado, de modo que la reificación conlleva, al mismo tiempo, su negación. No habría mundo reificado sin la práctica social humana. La práctica humana, entonces, existe en sí misma, para sí misma y contra sí misma. Esta comprensión no se descarta, sino más bien se confirma por el hecho de que la práctica humana intencionada hasta ahora sólo ha conseguido hacer que la historia parezca una grotesca y sangrienta mueca.

El concepto de clase “en sí misma” se refiere a las relaciones sociales capitalistas como relaciones constituidas, y por consiguiente como relaciones donde la práctica humana existe como si fuera derivada de las cosas en sí. De ahí que “en sí misma” acepta la configuración establecida [*Gestalt*] del capitalismo como lo describe la economía política. La crítica por parte de Marx del fetichismo consiste, entonces, en una crítica de éste “en sí misma”. Su crítica demuestra que la práctica humana existe para sí misma como la práctica pervertida de las relaciones sociales capitalistas. En el marco de las concepciones sociológicas y estructuralistas de clase, las nociones de “clase en sí misma” y “clase por sí misma” se emplean para indicar la posición “objetiva” de la clase obrera y su potencial histórico como una clase “para sí misma”. Este dualismo entre objetividad y subjetividad no tiene sentido cuando se mira a través del cristal de la crítica negativa de Marx. La concepción dualista de objetividad (en sí misma) y subjetividad (para sí misma) pertenece

firmemente a una tradición de pensamiento que se resiste a la comprensión de nuestro mundo social como un mundo hecho por el Hombre [*Mensch*] y un mundo que depende del poder transformativo del Hombre. Anteriormente, ofrecí el término “acción prepostulante” para indicar esto. El tratamiento del sujeto humano, o clase, como algo que existe “en sí mismo” lleva a una acomodación, a “condiciones objetivas”, es decir, lleva a explicaciones afirmativas y apologéticas de un mundo “pervertido” (Horkheimer, 1992, p. 246). En pocas palabras, como sostiene Horkheimer (1985, p. 84), la separación de la “génesis” de la “existencia” constituye el punto débil del pensamiento dogmático.

La comprensión de las relaciones sociales capitalistas no se puede basar en nociones *a priori* de sus leyes de desarrollo. Más bien se basa en su génesis y, a través de una comprensión de su génesis, en su existencia establecida. La “existencia establecida” de la clase trabajadora y del capital no se puede tomar como punto de partida para el análisis de la lucha de clases. Su existencia establecida sólo puede ser entendida a través de la conceptualización de su génesis, es decir, a través de la constitución histórica de su existencia establecida. De esta constitución histórica –la de la separación– ata la lucha de clases. Su categoría fundamental es la del trabajo necesario que demuestra la dependencia del capital del trabajo; eso conlleva la intensificación de la explotación y el incremento constante del poder productivo del trabajo y las crisis asociadas de la acumulación capitalista; y se establece un entendimiento del verdadero movimiento del comunismo. Parafraseando a Adorno (1975b, p. 44), el pleno empleo se hace inteligible como el estado de cosas ideal en una sociedad en la que el trabajo ya no es la medida de todas las cosas. En otras palabras, el pleno empleo tiene sentido en una sociedad donde la humanidad existe no como un recurso explotable sino como un propósito. Tal sociedad, claro está, presupone que los sujetos humanos estén en posesión de sí mismos. En pocas palabras, presupone la transformación de los medios de producción en medios de emancipación.

NOTAS

¹ Éste parece ser el significado del argumento de Beck (1992, p. 100): “La sociedad de clases parecerá insignificante al lado de una *sociedad industrializada de empleados*.”

Beck aclara su posición después cuando el y su co-autora argumentan que “los antagonismos entre los hombres y las mujeres acerca de roles de género son parte de la “lucha de estatus” que viene después de la lucha de clases” (Beck y Beck-Gernsheim, 1995, p. 2). Parece que, al entender de los Beck, su experiencia equivale a una hipótesis generalizada del conflicto constitutivo de la sociedad burguesa!

² Véase, por ejemplo, Poulantzas (1973, 1977), Wright (1985, 1997) y Carling (1997).

³ Como enfatiza Backhaus (1992), tal comensurabilidad entre el marxismo y la teoría burguesa es totalmente imposible. Hablan idiomas diferentes. El hecho de que la sociología marxista es comensurable con los estudios de la estratificación social no abre la caja de Pandora. La pregunta entonces es quién comió a quién.

⁴ Hirsch da una ilustración clara del punto cuando dice que *dentro del marco* de sus leyes generales, el desarrollo capitalista está determinado ... por las acciones de los sujetos activos y clases, las condiciones concretas de crisis que resultan y sus consecuencias políticas (1978, pp. 74-5; el énfasis es mío). En otras palabras, es “dentro del marco” de la existencia constituida (*Dasein*) del capital que la clase tiene efecto; el marco en si parece existir externo a la lucha de clases. Para una crítica de los enfoques basados en las formas “constituidas”, véase Bonfeld (1995).

⁵ Estas clasificaciones generales se llaman normalmente, siguiendo a Weber, “tipos ideales”.

⁶ Véase Hirsch (1995), donde las relaciones sociales están subdivididas en grupos distintos de interés social, tales como el interés económico de la clase trabajadora y el interés ecológico del ecologista. Estos “intereses” parecen chocar uno con otro, socavando la posibilidad de la solidaridad social contra lo que él acepta como el poder objetivo del capital. Véase también pie de página 12.

⁷ Véase Althusser (1971, pp. 160-165) sobre cómo las posiciones distintas de clase pueden ser interpoladas.

⁸ Véase Marx (1987 b), cap. 48.

⁹ Véase Marx (1987b), pp. 812-813; (sin fecha b) p. 405.

¹⁰ En la traducción española (e inglesa), la expresión en alemán *verrückte* Form es traducida como “forma absurda” (Marx, 1987 a, p. 40). La traducción es “absurda”. En alemán, *verrückt* tiene dos significados: *verrückt* (loco) y *ver-rückt* (desubicado). Así, la noción de ‘formas pervertidas’ significa que estas formas son tanto locas como desubicadas. En otras palabras, son los modos de existencia de la práctica social, en las cuales ‘sujeto y objeto no se contraponen estáticamente, sino están involucrados en un proceso continuo de “inversión de la subjetividad en objetividad y viceversa” (Backhaus, 1992, p. 60, citando a Kofler). De aquí en adelante, “perversión” y “pervertido” se usan en este sentido doble.

¹¹ Este ensayo debe mucho a Gunn (1987b).

¹² Mientras que la sociología marxista reconoce la centralidad de la relación de clase entre capital y trabajo y busca ubicar a la clase media en relación con estas clases, la sociología neo-weberiana va un paso más lejos, ofreciendo clasificaciones más sofisticadas. En Giddens (1990), el conflicto entre capital y trabajo se concibe como un conflicto económico y, ya que existen conflictos no económicos, argumenta que “complejos institucionales diferentes” se generan y desarrollan a través de conflictos distintos: el movimiento para la paz (contra el complejo institucional del poder militar), los derechos humanos y civiles (en contra del poder administrativo); el conflicto ecológico (contra el industrialismo). El intento innovador de Giddens de encasillar las relaciones sociales en clasificaciones bien ordenadas de grupos que son clases y grupos que no son clases, no reconoce que los individuos que aceptan la mutilación de sí mismos durante parte del día están marcados en la totalidad de su actividad diaria. No existe ninguna razón para asumir que no es así para la sociedad en su conjunto (esta parte parafrasea a Bellofiori, 1997).

¹³ Sobre esto, véase Psychopedis (1992).

¹⁴ Sobre esto, véase Bonefeld (1995) y Krahl (1971).

¹⁵ “En efecto, el reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, conforme a la naturaleza de la cosa, más allá de la órbita de la verdadera producción material... La libertad, en este terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como por un poder ciego... Pero, con todo ello, éste siempre segui-

rá siendo el reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la libertad, que sin embargo sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad” (Marx, 1987b, p. 759).

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T., “Reflexionen zur Klassentheorie”, en *Gesellschaftstheorie und Kulturkritik*, Suhrkamp, Frankfurt, 1975.
- Adorno, T., “Über Statik und Dynamik als soziologische Kategorien”, en *Gesellschaftstheorie und Kulturkritik*, Suhrkamp, Frankfurt, 1975b.
- Adorno T., *Negative Dialectics*, Routledge, Londres, 1990.
- Althusser, L., *Lenin and Philosophy and Other Essays*, New Left Books, Londres, 1971.
- Backhaus, H.G., “Between Philosophy and Science: Marxian Social Economy as Critical Theory”, en Bonefeld, W. et al. (coord), *Open Marxism: History and Dialectics*, Pluto, Londres, 1992.
- Backhaus, H.G., *Die Dialektik der Wertform*, Ça Ira, Friburgo, 1997.
- Beck, U., *Risk Society*, Sage, Londres, 1992.
- Beck, U. y E. Beck-Gernsheim, *The Normal Chaos of Love*, Polity, Cambridge, 1995.
- Bellofiori, R., “Lavori in corso”, *Common Sense*, núm. 22, 1997.
- Benjamin, W., *Zur Kritik der Gewalt und andere Aufsätze*, Suhrkamp, Frankfurt, 1965.
- Bonefeld, W., “Capital as Subject and the Existence of Labour”, en Bonefeld, W. et al. (coord.), *Open Marxism: Emancipating Marx*, Pluto, Londres, 1995.
- Bonefeld, W., “Money, Equality and Exploitation”, en Bonefeld, W. y J. Holloway (coord.), *Global Capital, National State and the Politics of Money*, Macmillan, Londres, 1995b.
- Caffentzis, G., “The Fundamental Implications of the Debt Crisis for Social Reproduction in Africa”, en Dalla Costa, M. y G.F. Dalla Costa (coord.), *Paying the Price*, Zed books, Londres, 1995.
- Carling, A., “Analytical and Essential Marxism”, *Political Studies*, XLV, 1997.
- Clarke, S., *Marx, Marginalism and Modern Sociology*, Macmillan, Londres, 1982.
- Dalla Costa, M., “Capitalism and Reproduction”, en Bonefeld et al., (coord.) *Open Marxism: Emancipating Marx*, Pluto, Londres, 1995.

BAJO EL VOLCÁN

- Gambino, F., "A Critique of the Fordism of the Regulation School", *Common Sense*, núm. 19, 1996.
- Giddens A., *The Consequences of Modernity*, Polity, Cambridge, 1990.
- Gunn, R., "Practical reflexivity in Marx", *Common Sense*, núm. 1, 1987a.
- Gunn, R., "Notes on Class", *Common Sense*, núm. 2, 1987b.
- Hirsch, J., "The State Apparatus and Social Reproduction", en Holloway J. and S. Picciotto (coord), *State and Capital*, Edward Arnold, Londres, 1978.
- Hirsch, J., *Der National Wettbewerbsstaat*, id-archiv, Berlín, 1995.
- Hirsch, J. and R. Roth, *Das neue Gesicht des Kapitalismus*, VSA, Hamburgo, 1986.
- Horkheimer, M., *Zur Kritik der instrumentellen Vernunft*, Fischer, Frankfurt, 1985.
- Horkheimer, M., "Traditionelle und kritische Theorie" en Horkheimer, M., *Traditionelle und kritische Theorie*, Fischer, Frankfurt, 1992.
- Krahl, J., *Konstitution und Klassenkampf*, Verlag Neue Kritik, Frankfurt, 1971.
- Marcuse H., "Philosophy and Critical Theory", en *Negations*, Free Association Press, Londres, 1988.
- Marx, C. (sin fecha a), *Historia Crítica de la Plusvalía (I)*, C. Marx, F.Engels, Obras Escogidas Tomo 3, Ediciones Quinto Sol, Zacatecas.
- Marx, C. (sin fecha b), *Historia Crítica de la Plusvalía (III)*, C. Marx, F.Engels, Obras Escogidas Tomo 5, Ediciones Quinto Sol, Zacatecas.
- Marx, K., *Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses*, Verlag Neue Kritik, Frankfurt, 1969.
- Marx, K., *Das Elend der Philosophie*, MEW 4, Dietz, Berlín, 1977.
- Marx, K., *Das Kapital*, Vol I, MEW 23, Dietz, Berlín, 1979.
- Marx, C., *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, tomo I, Siglo XXI, México, 1986.
- Marx, C., *El Capital*, Tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1987a.
- Marx, C., *El Capital*, Tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, 1987b.
- Marx K. y F. Engels, *Die heilige Familie*, MEW 2, Dietz, Berlín, 1980.
- Marx K. y F. Engels (n.d.), *Selected Correspondence*, Lawrence and Wishart, Londres.
- Negri A., *Marx Beyond Marx*, Bergin and Garvey, Massachusetts, 1984.
- Negri A., "Interpretation of the Class Situation today", en Bonefeld, W. *et al.* (coord.), *Open Marxism: Theory and Practice*, Pluto, Londres, 1992.
- Negt O. y A. Kluge, *Geschichte und Eigensinn*, Verlag 2001, Frankfurt, 1981.
- Poulantzas, N., *Political Power and Social Classes*, New Left Books, Londres, 1973.

CLASE Y CONSTITUCIÓN

Poulantzas, N., *Classes in Contemporary Capitalism*, New Left Books, Londres, 1977.

Psychopedis, K., "Dialectical Theory", en Bonefeld, W. *et al.* (coord.) *Open Marxism: Dialectics and History*, Pluto, Londres, 1992.

Schmidt A., "Praxis", *Gesellschaft: Beiträge zur Marxistischen Theorie 2*, Suhrkamp, Frankfurt, 1974.

Wright, E. O., *Classes*, Verso, Londres, 1985.

Wright, E. O., *Class Counts*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.